TEATRO CÓMICO.

VIVIR AL VAPOR.

Los derechos que han de cobrarse por cada representacion de una de las piezas del «Teatro Cómico,» son

En los teatros de primera clase............	30 rs.
En los de segunda......................	20
En los de tercera.......................	10
En los demas teatros, sociedades y cafés......	8

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

VIVIR AL VAPOR.

VIVIR AL VAPOR,

COMEDIA EN UN ACTO, ESCRITA EN PROSA,

Y ORIGINAL DE

DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.

CAROLINA, 25 años.	FERNANDO, 30 años.
NARCISA, criada.	PEPITO, 16.

La escena en Villaviciosa de Odon.—1868.

ACTO ÚNICO.

Gabinete adornado con elegancia.—Puerta al fondo y laterales.—Una ventana.—Sobre un mueble una caja de pastillas.—Sobre otro una bufanda y una manta de viaje.

Al levantarse el telon, Carolina aparece paseándose con aire disgustado.—Narcisa entra, foro, derecha.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, NARCISA.

NARCISA. Ya tiene usted dispuesto todo lo necesario para plantar las flores que han traido de Madrid. El jardinero ha preparado las macetas, y yo la regadera y el escardillo.

CAROL. Bonito genio tengo ahora para ocuparme de floricultura.

NARCISA. El vecino ha hecho de las suyas.

CAROL. Precisamente. Es el hombre más impertinente de la tierra.

NARCISA. Como sabe que es usted viuda, rica, y que vive usted sola en esta casa de campo...

CAROL. Á no ser así, difícilmente se atreveria á perseguirme sin descanso.

NARCISA. Lástima fué que no se casase usted en segundas nupcias con don Fernando Baeza.

CAROL. Estaba entónces tan reciente la muerte de mi marido.

NARCISA. Ya! pero don Fernando la queria á usted tanto!...

CAROL. Quién da crédito á los juramentos de los hombres! Segura estoy de que cuando vuelva de sus viajes habrá cambiado completamente de ideas y de carácter.

NARCISA. Tan amartelado volverá como se fué.

CAROL. Qué locura!

NARCISA. No lo dude usted, señorita, que le conozco muy bien y estoy persuadida que, cansado de ver caras nuevas, estará suspirando ya por Villaviciosa de Odon.

CAROL. Bonito pueblo.

NARCISA. El mejor para don Fernando, puesto que usted vive en él.

CAROL. Variemos de conversacion.

NARCISA. Como usted guste.

CAROL. Hoy debe venir á verme mi primo Pepito.

NARCISA. El colegial?

CAROL. Antes de ayer empezaron las vacaciones y justo será festejarle un poco.—Manda que preparen algunas golosinas para él.

NARCISA. Divertidas vamos á estar, viviendo entre el vecino y don Pepito.

CAROL. Calla.—Me parece que hablan en la antesala...

NARCISA. En efecto...

CAROL. Haz pasar á quien sea.

ESCENA II.

CAROLINA, despues FERNANDO.

CAROL. Esa voz... no hay duda... es Fernando... Qué sorpresa tan agradable! (Fernando entra lentamente.—Todo indica en su persona el desaliento moral y físico mas exagerado.—Viste ropa de invierno, y se aplica un pañuelo á la boca para evitar el contacto del aire.—Carolina le observa con curiosidad, pero sin

comprender al pronto la causa de aquel abatimiento.) Fernando!... (Dándole la mano.)

FERN. No me aguardaba usted, sin duda.

CAROL. Le contaba á usted en Paris. Tome usted asiento.

FERN. (Cada dia más linda.)

CAROL. (Cada dia más grave.)

FERN. Vengo de Panticosa.

CAROL. De Panticosa! Ha ido usted á ver los Pirineos?

FERN. (Que ha mirado con inquietud á un lado y á otro, se levanta pausadamente y cierra la puerta lateral de la derecha.—Carolina le observa con asombro.) Permítame usted que cierre esta puerta. (Despues de sentarse.) He ido á restablecer mi quebrantada salud.

CAROL. Usted!!

FERN. Estoy muy malo.

CAROL. Cómo! en tan poco tiempo, ha habido en usted un cambio...

FERN. Radical.—Con su permiso de usted voy á correr las cortinas de este balcon; el aire me hace mucho daño. (Hace lo que dice.)

CAROL. Su rostro de usted no indica sin embargo...

FERN. Qué ha de indicar el rostro?

CAROL. Se cansa usted?

FERN. No.

CAROL. Tiene usted inapetencia?

FERN. Ménos.

CAROL. Insomnio?

FERN. Tampoco.

CAROL. Entónces...

FERN. Mi enfermedad es inexplicable.

CAROL. Ya lo veo.

FERN. He envejecido pronto, muy pronto! Estoy en mi ocaso.

CAROL. Á los treinta años!

FERN. La atmósfera de fuego que hoy se respira, cansa el espíritu y aniquila el cuerpo. Despues de haber estudiado hasta la saciedad las fibras del corazon humano, los misterios de la familia, el odio de los partidos y la

lucha de los pueblos; vuelvo á mi pais natal como esos buques, que destrozados por los vendabales...

CAROL. (Riendo.) Necesitan carenarse á toda prisa.

FERN. Lo triste es que ya no saldré del puerto.

CAROL. No? (Va á decirme que quiere casarse.)

FERN. Necesito cuidarme.

CAROL Nada más justo; pero para conseguirlo...

FERN. Me basta un botiquin.

CAROL. (Qué oigo!) Un botiquin le basta á usted?

FERN. Sí señora.

CAROL. Y puede saberse de qué clase?

FERN. Homeopático.

CAROL. Segun eso, la sociedad?...

FERN. Me aburre.

CAROL. Y las mujeres?...

FERN. Doblemos la hoja.

CAROL. (Hola! esas tenemos—yo le corregiré.) Pero es posible que se resigne usted á vivir completamente solo?

FERN. Completamente... no.

CAROL. Ah!

FERN. Tengo un perro.

CAROL. Ya!

FERN. Y el perro es el mejor amigo del hombre.—Cuando la tierra esté bien oreada, me entretendré en plantar flores.

CAROL. Y cuando los campos esten cubiertos de yerba...

FERN. Qué?

CAROL. Llevará usted á pastar un corderito blanco.

FERN. Señora!

CAROL. Tambien puede usted entretenerse en hacer frutas de sarten.

FERN. Yo?

CAROL. En bordar zapatillas.

FERN. Por Dios santo!

CAROL. Y en armar baberos para niños.

FERN. Eso es demasiado.

CAROL. No se altere usted; no se altere usted.—Una pastillita,

señor don Fernando. (Tomando una de aquellas de una caja que habrá sobre un mueble.)

FERN. Gracias. (Saboreándola con disgusto.) Es de...

CAROL. Pasta de caracoles.

FERN. (Qué asco!) (Escupiendo.)

CAROL. Me parece que está usted poco abrigado. (Tomando la bufanda.)

FERN. Poco, no.

CAROL. Precisamente tengo á mano una bufanda inglesa, que puede servirle á usted mucho.

FERN. Gracias, gracias.

CAROL. Exijo que se la ponga usted.

FERN. Si usted se empeña...

CAROL. Más alta. (Levantando la bufanda hasta los ojos.)

FERN. Me voy á sofocar.—Qué hace usted? (Carolina desdobla la manta de viaje, y la coloca sobre las rodillas de Fernando.)

CAROL. Evitar que la humedad...

FERN. Qué humedad, si estamos en julio...—Suplico á usted...

CAROL. Sea usted obediente como mi difunto tio Fulgencio.

FERN. Yo no soy el tio Fulgencio... Aquel buen señor tenia ochenta y tantos años.

CAROL. Pues aun estaba más animadillo que usted.

FERN. (Qué afan!)

CAROL. Ah! qué cabeza! voy á mandar que traigan un calientapies.

FERN. Eso sí que no lo sufro.

CAROL. Pues lo sufrirá usted y tres más.—Hola! cree usted que no sé yo cuidar enfermos.

FERN. Pero...

CAROL. No hay pero que valga.

ESCENA III.

DICHOS, PEPITO.

PEPITO. Carolina... Carolina... ¿Qué es eso?—No me das un abrazo?

CAROL. Saluda á este caballero.

PEPITO. (Con un ligero estremecimiento de temor.) Ay! (Reponiéndose.) Dispénseme usted... creí que habia resucitado nuestro pobre tio Fulgencio.

FERN. Eh! (Dale con el tio Fulgencio.)

CAROL. Don Fernando está enfermo.

PEPITO. (Con lástima.) Bien se conoce, bien.—Tiene una cara...

FERN. Una cara...

PEPITO. (Con naturalidad.) Como la de mi abuelito.

FERN. (Tirando con rabia la manta que cubre sus rodillas.) Gracias por la comparacion.

PEPITO. No dirás que he tardado en venir á verte.—Ayer salí del colegio, hecho todo un bachiller en artes.

FERN. Sí señor, sí; todo un bachiller.

PEPITO. Lo que me queda que estudiar para terminar mi carrera me preocupa poco.

FERN. (Con el mismo tono enfático que usa Pepito.) Qué importan seis ó siete años más ó ménos.

PEPITO. Nada.—Los cursos universitarios se pasan en un abrir y cerrar de ojos, frecuentando teatros, bailes y cafés.—Ay! prima mia, cuán agradable es poder respirar libremente; ir á donde uno quiere; beber, fumar... (Sacando una petaca muy grande.) Quiere usted un *principe de Gales*, señor don Fernando?

CAROL. Cómo, Pepito, ya?...

PEPITO. Hace mucho tiempo que fumo. Papá me regala *brevas*, y mamá *trabuquillos*; pero yo prefiero los *príncipes*.

FERN. (Nada, un niño viejo.)

CAROL. De modo que te has emancipado?

PEPITO. Completamente.—Ya era tiempo.—Tengo diez y seis años, época en que los hombres de hoy llegan á su apogeo moral y físico.

FERN. Ya lo estamos viendo.

PEPITO. Usted, por ejemplo, no tendrá arriba de treinta.

FERN. No señor.

PEPITO. Pues ya parece usted una cornucopia.

FERN. Es usted muy niño para juzgarme.

PEPITO. Como ha visto uno un poco el mundo.
FERN. Por encima de las tapias del colegio.
PEPITO. Pues ya lo creo: un colegio es un mundo en pequeño. Con la misma soltura hablamos nosotros de volantes y de peonzas, que de política, códigos y embriologia sagrada. El patio es una cátedra universal, en donde se impugnan y defienden todas las doctrinas. (Enseñando la frente.) Mire usted lo que me hizo un orador demócrata con un diccionario.
CAROL. Qué precocidad!
PEPITO. Qué chichon! habias de decir; pero á mí no me asusta nadie, y mucho ménos cuando los enemigos que tengo que combatir son tan lindos como tú. Ni un mimbre es más flexible que esta cintura. (Queriendo asirla.)
CAROL. Por Dios. (Desasiéndose.)
FERN. Caballero! (Interponiéndose con viveza.) (Este niño me revienta.)
PEPITO. (Con sorna.) Se pone usted peor?
FERN. No.
PEPITO. (Me encocora este enfermo.)
FERN. (Ap. á Carolina.) Envíele usted á la escuela.
PEPITO. (Id., id.) Mándale á los incurables.
CAROL. (La cosa marcha.)
PEPITO. Quieres que vayamos á dar un paseo á caballo?
FERN. Ahora!
PEPITO. Nosotros solos... porque usted echaria el pulmon por lo boca.
FERN. Eso es lo que ménos importa.
PEPITO. Pues entónces que alquilen para usted una pacífica burra de leche.
FERN. Eso es ya una provocacion. (Dando un paso hácia Pepito.)
CAROL. (Interponiéndose.) Fernando...
PEPITO. (Esto acaba en cachetina.)
FERN. (Si no fuese un niño...)
PEPITO. (Si no estuviese enfermo!...)
CAROL. Preferible es que no salgamos.
FERN. Como usted quiera.

PEPITO. (Ya me temen.—No hay como echarla de valenton.) ¿Y qué haremos para pasar el tiempo?

CAROL. Fernando, plantar flores; y tú, arreglar las cuentas de mis colonos.

FERN. Yo preferiria...

PEPITO. Y yo...

CAROL. No admito disculpas. (Llama á Narcisa, que se presenta.) Trae un sombrero de paja, una regadera y una cesta con las plantas que enviaron ayer de Madrid.

FERN. (Necesito rehabilitarme á los ojos de Carolina.)

CAROL. Aquí hay ocupacion para tí. (Sacando un enorme legajo de cuentas de un secreter.)

PEPITO. Qué horror! (Compulsando las cuentas.)

CAROL. Sumas las partiditas.

PEPITO. (Vaya una diversion!)

CAROL. Y examinas detenidamente estos proyectos de arriendo para ver si hay en ellos alguna cláusula que me perjudique.

PEPITO. Mejor seria que don Fernando...

FERN. Oh! no, señor, no; me declaro incompetente.

PEPITO. Conque que examine si hay alguna cláusula que... (Me parece que no me han enseñado lo que es cláusula.)

(Narcisa entra con los objetos que le ha pedido Carolina. Esta toma el sombrero de alas anchas y se lo pone á Fernando.)

CAROL. Póngase usted este sombrero.

FERN. Gracias... muchas gracias...

CAROL. Podria usted coger una insolacion.

PEPITO. Já... já... já... Parece usted un pavero de la Plaza Mayor.

FERN. (Ahora un pavero!—Este niño me precipita, vamos.)

PEPITO. Aquí la cestita. (Colgándosela del brazo.)

CAROL. Y en esta mano la regadera. (Se la da.)

FERN. (Quisiera encontrarme en el Cáucaso.)

PEPITO. (Mirándole con fruiccion.) Cuando yo digo que ha resucitado el tio Fulgencio.

FERN. Otra vez!

CAROL. Vamos, señores. (Á Fernando.) Usted al jardin. (Á Pepi-

to.) Y tú al despacho.

FERN. (Se queda sola, pronto volveré.) (Se marcha.)

PEPITO. (Por fin podré hablar con ella.) Diviértase usted. (Á Fernando.) (Cláusula, cláusula... Lo dicho, no sé lo que es cláusula.) (Entra en el despacho.)

ESCENA IV.

CAROLINA.

Pobrecillos! cualquiera los tomaria por dos reos que van á cumplir sus respectivas condenas; pero no he de tenerles lástima, que harto acreedores se han hecho á que se les castigue. Adónde iriamos á parar con este modo de sacar las cosas de quicio, y qué seria de nosotras si los párvulos ocupasen los puestos que la edad y la experiencia ha designado á los hombres. Pase por mi primito, pero Fernando!... Decirme que su corazon está seco, que solo necesita la compañia de su perro!... No se lo perdonaré jamás... Es decir, si se corrigiese...

ESCENA V.

CAROLINA, FERNANDO. Entra sin ver á Carolina y arroja con rabia el sombrero sobre una silla.

FERN. (Es necesario que esto termine.)

CAROL. Cómo! se ha cansado usted ya de plantar flores?

FERN. Sí, señora. (Coge su sombrero.)

CAROL. Pues es una ocupacion...

FERN. Muy divertida.—Quede usted con Dios.

CAROL. Se marcha usted.

FERN. Sí, señora.

CAROL. En busca del botiquin?

FERN. Tal vez.

CAROL. ¿Y del perro de lanas?

FERN. Pero qué le he hecho yo á usted para que se burle

así?—Llego á su casa hastiado de la vida, sin fe, sin energia, sin esperanza; y usted, en vez de compadecerme, me viste de máscara y me pone en ridículo á los ojos de todo el mundo. Salgo de esta habitacion para sustraerme á las pullas de un niño impertinente, y doy en el jardin con cuatro ó cinco jóvenes de buen humor, que empiezan á mirarme desde el lado opuesto de la verja, á reirse y á llamarme «espanta pájaros.»

CAROL. Jesus! qué ocurrencia!

FERN. Pues si viera usted la gracia que me ha hecho á mí.

CAROL. Ya! pero un hombre que acaba de llegar de Panticosa no debe incomodarse por nada.

FERN. Y qué tiene que ver Panticosa con el honor.—Ademas, el régimen terapéutico á que me ha sometido usted es capaz de resucitar á un muerto.

CAROL. Ilusiones de enfermo.

FERN. Si sabré yo cómo estoy!

CAROL.
«Estos, Fabio, ay! dolor! que ves ahora
»campos de soledad, mustio collado,
»fueron un tiempo Itálica famosa.»

FERN. No hay aquí tales campos de soledad, sino un hombre que daria la vida por rehabilitarse á sus ojos de usted.

CAROL. Pero el que está impedido, señor...

FERN. Perdone usted mis rarezas de hace un momento, y sea usted mi amiga, mi generosa amiga de otros tiempos.

CAROL. Si yo le cuidaré á usted.

FERN. Si yo no quiero que usted me cuide, sino que comprenda lo que siento aquí, en el fondo de mi pecho...

CAROL. Un dolor agudísimo.—Vaya si lo comprendo.—Tome usted, tome usted una pastillita de caracoles.

FERN. No, señora; no quiero pastillas, sino...

CAROL. Bien, bien; tome usted una de liquen.

FERN. Míreme usted á sus pies... (*Arrodillándose.*)

CAROL. Permítame usted que cierre esta puerta.

FERN. (*Siguiéndola de rodillas.*) Pero es posible que sea usted tan cruel...

CAROL. Y que corra las cortinas de este balcon.

ESCENA VI.

DICHOS, NARCISA.

NARCISA. Ya está dispuesta la comida del señorito Fernando.
FERN. (Levantándose con despecho.) Reniego de la comida, de la criada y de la hora en que puse los pies en Villaviciosa.)
CAROL. He mandado que le preparen á usted una cosa aparente.
FERN. Pero, señora; si lo más aparente para mí..
NARCISA. Son yemas batidas.
CAROL. Y cocimientos pectorales.
FERN. No tal; un cordel de cáñamo.
CAROL. Vamos, Fernando; nada de excesos.
NARCISA. He encendido una buena lumbre.
FERN. Lumbre tambien!
NARCISA. Y he desahumado la habitacion.
FERN. Á mí con sahumerios!
CAROL. Al comedor.
NARCISA. Á la lumbre. (Las dos le hacen salir y Narcisa le sostiene.)
FERN. (Lo dicho, me ahorco.)

ESCENA VII.

CAROLINA, despues PEPITO.

CAROL. Todo va saliendo á pedir de boca; Narcisa, sin embargo, ha hecho bien en salir tan á tiempo, pues creo que no hubiera tenido valor para prolongar mi castigo. (Viendo salir á Pepito del despacho mirando un papel y con las manos y el rostro manchados de tinta.) (Otro arrepentido.)
PEPITO. (Muy preocupado.) Esto es cosa de volverse loco.
CAROL. Has concluido ya, Pepito?
PEPITO. Sí, sí; concluir... para dias tenemos.
CAROL. Qué has hecho?

PEPITO. Sumar las cantidades que te han pagado este año tus arrendadores.

CAROL. Y cuánto importan?...

PEPITO. Importan...

CAROL. Á ver... (Tomando el papel que Pepito tiene en la mano y leyendo.) ciento cincuenta millones, veinticinco céntimos.—Ave Maria purísima! pues ni Creso que sea más rico que yo.

PEPITO. He debido poner tres ó cuatro ceros de más.—Eso le pasa á cualquiera, porque yo sumo muy bien.

CAROL. Ya se conoce.

PEPITO. Hoy tengo la cabeza...

CAROL. Á pájaros.

PEPITO. Y si supieras la causa... (De pronto y con resolucion.) Carolina.

CAROL. Qué?

PEPITO. Soy muy desgraciado.

CAROL. Tú!

PEPITO. Sí.—(Qué bonita es mi prima.)

CAROL. Por qué no te explicas con franqueza. Te infundo miedo.

PEPITO. Miedo á mí! (Soy un gallina.) Te diré, como esta es la primera vez...

CAROL La primera vez...

PEPITO. (Valor.)—Aquí, donde me ves, Carolina, no formo parte de esa falange de pollos volubles y disipados que solo busca efímeros placeres y amores de un dia. He llegado al sosegado período de la vida en que se aprecian los goces duraderos del hogar; en una palabra, quiero casarme.

CAROL. Jesus! y con quién?

PEPITO. Contigo.

CAROL. Estás en tu juicio!

PEPITO. Eres la mujer que busco.

CAROL. Pero criatura, si casi te doblo la edad.

PEPITO. Por eso te idolatro.

CAROL. Sin embargo, una viuda...

PEPITO. *Bocato di cardinale.*

CAROL. Pero sabes tú lo que es casarse, Pepito?

PEPITO. Pues no he de saberlo. Mira: nos toman los dichos— un sacerdote coloca sobre nuestros hombros la deseada coyunda. Alquilamos un cuarto principal, lo amueblamos bien; pasamos el dia... tú, visitando á tus amigas, yo, charlando en el Suizo con mis condiscípulos y formando proyectos para las próximas elecciones de diputados á Córtes. Tenemos despues cuatro ó cinco nenes... los llevamos al Retiro, les compramos naranjas, y jugamos con ellos.

CAROL. Ya; pero más tarde...

PEPITO. Envejecemos, nos morimos, y santas pascuas.

CAROL. Es decir que no te arredra?...

PEPITO. Nada.—Ó tu amor, ó la muerte.

CAROL. (No hay que llevar la contraria á los locos.) Bien, hombre, bien—lo iré pensando, y si como dices eres capaz de dirigir una casa y de proteger á tu esposa cuando sea necesario... Ay! (Asustada por el ruido que hace al caer una carta que tiran, atada una á piedra, por la ventana.)

PEPITO. Qué es esto?

CAROL. (Recogiendo el papel y desatándole de la piedra á que viene unido.) Una carta... Ah! ya sé... debe ser de mi vecino.

PEPITO. De ese jóven impertinente de quien me has hablado en varias ocasiones?

CAROL. No me deja á sol ni á sombra.—Es mi verdugo.

PEPITO. El miserable! (Toma la carta.)

CAROL. Trae esa carta para que la arroje inmediatamente por la ventana... pero no; quiero saber una vez por todas qué intenciones son las suyas para tomar una determinacion. (Lee.) Señora, etc., etc...

«Repito á usted como siempre
»que he nacido en Aragon,
»y que no hay en todo el reino
»hombre más terco que yo;
»de modo, que si no cede
»á mis ruegos por amor,

»se rendirá por prudencia,
»porque seré un *chaparron*,
»un Han de Islandia, un pirata,
»un Atar Gul, un Nembrod.
»Nada podrá poner coto
»á mi acendrada pasion...»

(Con rabia y arrugando la carta, que recoge Pepito.) Pues lo veremos, señor mio, lo veremos; ni por amor, ni por miedo me hallo dispuesta á capitular.—Nada, nada—ya estaba decidida á marcharme á Madrid, de modo que realizaré al momento mi proyecto.

PEPITO. Cómo! huir de Villaviciosa?...

CAROL. Y qué otro medio de defensa puede emplear una mujer que se encuentra completamente sola?

PEPITO. Dar parte al alcalde...

CAROL. Para que todos se rian de mí.

PEPITO. Ó á la Guardia civil.

CAROL. No digas necedades.—Lo que hacia falta aquí era un hombre de energia, un pariente, un amigo que supiera dar una leccion á ese loco.

PEPITO. (Eso va conmigo.)

CAROL. (Ocultándose el rostro en el pañuelo.) Oh! cuán desgraciada soy!

PEPITO. Escucha... (Carolina se marcha.)

ESCENA VIII.

PEPITO, despues FERNANDO.

PEPITO. Sí, sí; tiene razon; aquí lo que hacia falta era un hombre de armas tomar, un pariente, un... Ya se ve, si el tal vecino tuviese mi edad, fuese condiscípulo mio... pero un desconocido que tendrá unos bigotazos...

FERN. Puede usted decirme qué es lo que tiene Carolina. Acaba de pasar á mi lado conmovida, llorosa...

PEPITO. Si usted supiera...

FERN. Hable usted pronto.

PEPITO. ¿Conoce usted á un jóven que vive en la quinta inmediata?

FERN. Sí. (Debe ser el que me ha llamado «espanta pájaros.»)

PEPITO. Pues ese títere se ha convertido en verdugo de mi prima. La asedia...

FERN. Con sus declaraciones?

PEPITO. Y con sus cartas. Lea usted lo que acaba de arrojar por esa ventana. (Dándole la carta.)

FEBN. Á ver... (Pasando la vista por la carta.) (¡Miserable!) (Guardándose la carta con indiferencia.) Y su prima de usted?...

PEPITO. Le detesta.

FERN. (Oh! dicha!)

PEPITO. Pero como se encuentra sola, y ese hombre no desiste, ha resuelto abandonar hoy mismo su casa de campo.

FERN. Ella... se comprende... pero usted... (Llegó mi rebancha.)

PEPITO. Yo... qué?...

FERN. No puede permitir que un miserable falte á Carolina de ese modo.

PEPITO. Cómo he de permitir... (Esto se complica.)

FERN. Usted debe ser un *hombre* de arrojo.

PEPITO. Todo el colegio lo sabe.

FERN. Acostumbrado á lances de honor?

PEPITO. Me he batido á tinterazos varias veces.

FERN. Pues inútil es decir á usted lo que debe hacer.

PEPITO. (Como queriendo variar de conversacion.) Sí, señor, inútil.

FERN. Busque usted á ese hombre...

PEPITO. (Este quiere camorra.)

FERN. Y en vez de entrar en explicaciones enojosas, dele usted un par de bofetones.

PEPITO. (Asustado.) Un par!

FERN. Ó cuatro.

PEPITO. (Con viveza.) Para que me devuelva ocho.

FERN. Doloroso será.

PEPITO. Vaya si lo será.

FERN. Teme usted acaso?...

PEPITO. Quién dijo miedo. (Estoy temblando.)

FERN. Ese caballero se disculpará tal vez...
PEPITO. ¿Y si quiere sangre?
FERN. No hay más remedio que apagar su sed.
PEPITO. Pues que beba horchata de chufas.
FERN. El honor lo exige.
PEPITO. (Bonita cosa es el honor.)
FERN. Y si rehusa usted...
PEPITO. Qué?
FERN. Le tendrán á usted por un chisgaravis.
PEPITO. (Elevándose sobre las puntas de los pies.) Á mí!
FERN. (Con indiferencia.) Por un muñeco.
PEPITO. Basta—me sacrificaré.
FERN. (Apretándole la mano con aire grave é intencional.) Pues cuente usted conmigo.—Arregle usted ahora sus asuntos...
PEPITO. (Cada vez mas asustado.) Conque usted cree...
FERN. (Con aire cada vez mas grave y alzando los hombros) Hombre...
PEPITO. Francamente...
FERN. Francamente... creo que no quedará usted para contarlo.
PEPITO. (Aterrado.) (Bárbaro!)
FERN. Las heridas de bala...
PEPITO. No me las explique usted.
FERN. Dispense usted.—Si una le perforase á usted el cráneo...
PEPITO. Déjeme usted en paz, hombre—déjeme usted en paz.
FERN. Bien, bien—prepárese usted.—(La leccion ha sid buena.)

ESCENA IX.

PEPITO, muy preocupado.

«Si una bala le perforase á usted el cráneo...» Lo dicho, es un bárbaro. ¡Qué horror! Pero por qué habré empezado á gallear tan pronto? Quién me mandaba echarla de hombre! Conozco que el honor lo exige; que mi nombre y mi reputacion estan en juego... pero tengo un miedo; es decir... si, vaya si tengo miedo.

Lo mejor será que me marche... ¡marcharme! ¿qué pensaria de mí la mujer cuya mano acabo de pedir?—Imposible.—(Dando un suspiro y sentándose delante del velador.) Escribamos á casa. (Escribe.) «Querida mamá: el »edificio de la vida no tiene más que dos habitaciones, »el colegio y el campo-santo. Voy á batirme por Caro- »lina, el honor de la familia lo exige.—Mañana habré »dejado de existir: que lo anuncie esta tarde *La Correspondencia de España*. No puedo escribir más—las lá- »grimas se agolpan á mis ojos. (Llora.) Mamá, llore us- »ted la prematura muerte de su desgraciado—*Pepito.*» Nada, ya estoy en capilla; don Fernando es el confesor, el vecino el verdugo, yo la víctima. Ahora el testamento. (Escribe.) «Es mi voluntad que despues de mi »muerte regalen á la Armeria Real las pistolas que me »hayan servido en mi desafio; mis ropas al hospicio de »la córte, y mis cigarros á mi primito Alfredo, para »que los vaya gastando en memoria mia.» (Cerrando la carta y el testamento.) Bien mirado, qué deberes tan lúgubres tenemos que llenar los hombres!—Ah! Colegio de mi alma, por qué salí tan pronto de tu seno.

ESCENA X.

PEPITO, CAROLINA, con algunos paquetes en la mano.

CAROL. Deja esas cuentas ahora, hombre.

PEPITO. (No son malas cuentas!)

CAROL. Ya las ajustarás. (Buscando objetos que guardar.)

PEPITO. (Mejor me las ajustarán á mí.)

CAROL. Ocupémonos de nuestro viaje.

PEPITO. Viaje, eh?... (Y en posta que iré yo.)

CAROL. En qué piensas?

PEPITO. En la muerte.

CAROL. Lo dices con un acento...

PEPITO. Lúgubre.

CAROL. (Acercándose con interés.) Qué te sucede, primo mio?

PEPITO. Nada.

CAROL. Sí tal; estás trémulo...
PEPITO. De indignacion.
CAROL. Te acuerdas de mi vecino?
PEPITO. Precisamente; pero vive tranquila, su ofensa no quedará impune.
CAROL. Cómo! ¿qué piensas hacer?
PEPINO. Pegarle un bofeton.
CAROL. Estás en tu juicio?
PEPITO. Aquí hace falta un hombre... conque aquí estoy yo.
CAROL. Pero sabes tú quién es mi vecino?
PEPITO. Un troglodita.
CAROL. He oido decir que tira á los gorriones con bala.
PEPITO. (Con voz muy alterada.) Y les da?
CAROL. No yerra uno.
PEPITO. (Dejándose caer anonadado sobre una silla.) *Requiescant in pace.*
CAROL. Te pones malo?
PEPITO. (Con voz sombria.) Creo que sí.
CAROL. Jesus! tienes las manos yertas.—Voy á mandar que te den friegas.
PEPITO. (Sin saber lo que se dice.) Mejor será que me administren.

ESCENA XI.

DICHOS, NARCISA.

NARCISA. (Que entra corriendo y dando visibles muestras de espanto.) Señorita, señorita...
CAROL. Qué sucede?
NARCISA. He corrido tanto... y luego el susto...
CAROL. Pero qué ocurre?... habla por Dios.
NARCISA. Pues el jardinero me ha dicho... por supuesto que yo no lo he creido al pronto... pero luego he ido con él, y desde el cenador, que está al Mediodia, he visto...
CAROL. Qué has visto?
NARCISA Que nuestro vecino y el señorito Fernando se estan batiendo detrás de las tapias del jardin.

Pepito y Carol. Batiéndose!

Narcisa. Sí, señora, sí; porque segun parece, el señorito Fernando ha ido á pedirle explicaciones.

Carol. Dios mio, qué desgracia!... pero cómo ha podido saber?... le has enseñado tú la carta de ése hombre?

Pepito. He tenido esa debilidad.

Narcisa. Pues ya está todo explicado.

Pepito. (Cobrando ánimo de pronto.) No, señora, no está explicado, porque ese puesto de honor me correspondia á mí, y ahora mismo voy á precipitarme en medio del combate.

Carol. Solo eso faltaba. (Deteniéndole.)

Narcisa. Por Dios, don Pepito...

Pepito. Es que yo soy un hombre de muchísimo corazon... y roto el fuego ya, no me intimida nada, (Gritando.) Nada.

Carol. Por Dios, Pepe.

Pepito. (Haciendo algunos esfuerzos por desasirse de Carolina y Narcisa.) Necesito exterminar á ese vecino impertinente, á ese vándalo, á ese beduino... Quiero sangre, muchísima sangre.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, FERNANDO.

Fern. Ya es tarde.

Carol. Ah! Fernando... ¡qué ha hecho usted!

Fern. Herir levemente en un brazo á un loco que no volverá á ofender á usted nunca.

Pepito. No, señor, nunca, porque ahora voy yo á atravesarle de parte á parte.

Narcisa. Á buena hora, mangas verdes.

Fern. La intencion basta.

Pepito De ningun modo, y dentro de algun tiempo...

Fern. Comprenderá usted, como yo, que es tan ridículo querer ser hombre de valor y de experiencia al salir del colegio...

Pepito. Como hacer alarde de excepticismo y de falta de vida á los treinta años.

FERN. Exactamente, sin embargo, si tiene usted deseos de pedirme una satisfaccion por haberle usurpado su puesto...

PEPITO. (Con viveza.) Qué disparate!... no señor... (Este es capaz de atravesarme otro brazo.) Muy lejos de eso .. (Echémosla de generoso.)—Visto que es usted un hombre lleno de mérito, (el que pega es un héroe á mis ojos) y teniendo en cuenta los mil comentarios que se harán sobre este duelo, y la soledad en que vive Carolina, creo lo más oportuno que se case usted con ella.

CAROL. Pepito, por Dios.

NARCISA. Ahora si que habla usted como un hombre de juicio.

FERN. Yo no me atrevo...

PEPITO. Pues atrévase usted... atrévete tú... atrevámonos todos. (Reuniendo en las suyas las manos de Carolina y Fernando, que tratan de desasirse.)

FERN. Qué hace usted?...

CAROL. Te suplico...

PEPITO. Quietos—os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (Á Narcisa, con naturalidad.) Ya estan casados.

FERN. (Á Carolina.) Podré esperar que esta broma llegue algun dia á ser una realidad?

CAROL. (Bajando los ojos.) Fernando...

PEPITO. Espérelo usted, espérelo usted; porque cuando las mujeres bajan los ojos dicen siempre que sí.

CAROL. Pero y tú?...

PEPITO.
Yo, prima mia, creo
como Fernando,
que no sirvo gran cosa
para casado.
Antes es justo
que aprenda poco á poco
lo que es el mundo.

—

Que sepan las mujeres
que tengo arrojo;

experiencia los hombres
que hacen negocios,
y los matones,
que doy cada cachete
que tiembla el orbe.

—

FERN. El que sin enojarse
sus faltas cuenta,
y en vez de prolongarlas
busca la enmienda,
ya no es un niño,
es un jóven que brilla
por su buen juicio.

—

Ojalá! que en el mundo
los que son locos
volvieran á ser cuerdos
como nosotros,
porque el que ufano
corrige sus defectos
siempre es un sabio.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 1.° de Abril de 1868.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9..

PROVINCIAS.

Adra...........	Manzano.	Lugo...........	Viuda de Pujol.
Albacete.........	Ruiz.	Mahon	Vinent.
Alcoy..........	Martí.	Málaga.........	Taboadela.
Algeciras.......	Muro.	Idem...........	Moya.
Alicante........	Viuda de Ibarra.	Mataró.........	Clavel.
Almeria........	Alvarez.	Murcia.........	Hered. de Andrio.
Avila..........	Lopez.	Orense.........	Perez.
Badajoz........	Coronado.	Orihuela........	Martinez Alvarez.
Barcelona	Cerdá.	Osuna..........	Montero.
Idem...........	V. de Bartumens.	Oviedo.........	Martinez.
Bejar...........	Lopez Coron.	Palencia........	Hijos de Gutierrez
Bilbao..........	Astuy.	Palma..........	Gelabert.
Burgos.........	Hervias.	Pamplona.......	Rios.
Cáceres.........	Valiente.	Pontevedra......	Buceta Solla y compañia.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Cartagena......	Pedreño.	Reus...........	Prius.
Castellon.......	J. Maria de Soto.	Ronda..........	V.ª de Gutierrez.
Ceuta..........	M. G. de la Torre.	Salamanca......	Huebra.
Ciudad-Real.....	Acosta.	San Fernando...	Martinez.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	Sanlúcar........	Oña.
Córdoba........	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Coruña.........	Lago.	Santander......	Hernandez.
Cuenca.........	Mariana.	Santiago........	Escribano.
Ecija...........	Giuli.	San Sebastian...	Garralda.
Ferrol..........	Taxonera.	Segorbe........	Gra. Campos.
Figueras	Viuda de Bosch.	Segovia.........	Salcedo.
Gerona.........	Dorca.	Sevilla.........	Alvarez y comp.
Gijon..........	Crespo y Cruz.	Soria...........	Rioja.
Granada........	Zamora.	Talavera........	Castro.
Guadalajara.....	Oñana.	Tarragona	Font.
Habana.........	Charlain y Fernz.	Teruel.........	Baquedano.
Haro...........	Quintana.	Toledo.........	Hernandez.
Huelva.........	Osorno é hijo.	Toro...........	Tejedor.
Huesca.........	Guillen.	Valencia........	I. Garcia.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.	Idem...........	J. Mariana y Sanz.
Jaen...........	Idalgo.	Valladolid......	H. de Rodriguez.
Jerez...........	Alvarez.	Vigo...........	Fernandez Dios.
Leon...........	Viuda de Miñon.	Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Lérida.........	Sol.	Vitoria.........	A. Juan.
Logroño........	Brieba.	Ubeda..........	Perez.
Lorca..........	Gomez.	Zamora.........	Fuertes.
Lucena.........	Cabeza.	Zaragoza........	V. de Heredia.